

DESMO DEJAR LAS VIOLENCIAS

Fanzine de la 2^a Escuelita
FANZINE DE LA 2^a ESCUELITA
de Feminismos Populares
DE FEMINISMOS POPULARES



A modo de prólogo

Δ MODO DE PRÓLOGO

Esta nueva edición de la Escuelita de Feminismos Populares ha sido muy removedora, nos ha dado la vuelta emocionalmente y nos ha puesto de frente con nuestras contradicciones y nuestras historias de violencia(s).

Juntas, hemos hecho un camino que nos ha permitido hacer memoria para romper silencios antiguos y volverlos sonoros, mostrar nuestras heridas, visibilizar las vulnerabilidades que nos colocan en lugares de riesgo, los discursos que nos empequeñecen y (re)victimizan, los prejuicios y estereotipos que recaen sobre nosotras como losas y de los que es tan difícil desprenderse, los entresijos del sistema que se alían para mercantilizar nuestras vidas, para reproducir y mantener las violencias, la complicidad de la (des)justicia y de las instituciones que se supone que deben protegernos y que, más bien al contrario, producen y generan violencia institucional.

Hemos analizado cómo la clase, el racismo, la LGTBIQfobia o el capacitismo, entre otros sistemas de exclusión/opresión, se configuran como mecanismos estructurales para aumentar el impacto de las violencias en determinados cuerpos: especialmente, en los cuerpos de las mujeres pobres, racializadas, diversas... Hemos reflexionado sobre las implicaciones que tiene una respuesta punitivista, dándonos cuenta de hasta qué punto se trata de un mecanismo que no sirve para erradicar la violencia, sino para perpetuarla.

En esta edición de la Escuelita hemos dejado hablar al cuerpo para poder acceder a la memoria. Pero al hacerlo colectivamente, y al hacerlo de la mano de las compañeras que han escrito sobre sus propias experiencias de violencia(s), hemos podido politizar toda esa rabia y todo ese dolor para buscar la raíz, desanudar las marañas, nombrar, reflexionar, dudar, analizar, debatir, construir y desmadejar la(s) violencia(s) juntas.

Y así, juntas, nos sentimos más capaces de pasar del cansancio a la creación, de la victimización a la agencia, del silencio a la voz. Juntas, ponemos el cuerpo para arropar a la compañera, nos acuerpamos, pensamos estrategias de lucha y re-existencia, resonando con fuerza la idea de la autodefensa feminista y antirracista, la apuesta por un abordaje de las violencias basado en la reparación y la restauración. No nos conformamos, no queremos simplemente resistir, queremos construir alternativas colectivas, queremos poner en marcha prácticas emancipadoras, queremos remover y demoler las estructuras del sistema y construir espacios de vida libres de violencia(s).

En el horizonte, la posibilidad de hacer realidad esa idea feminista de poner en el centro la vida y los cuidados. En el horizonte, la posibilidad de habitar un mundo en el que podamos tener una vida feliz, una vida que merezca la pena ser vivida.

LA

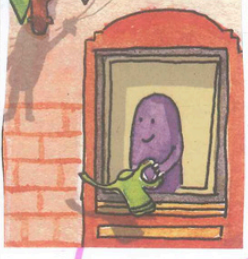
VIOLENCIA

QUE

NO ES UNA

NO S UN E

BORDA Y BORDA LENTAMENTE...





Cuando la violencia fue evidente, le quitó simplemente el manto a los recuerdos del pasado. A esos comentarios que empecé a recibir de niña, a eso que veía en la calle y creía que era normal, mejor dicho, a lo que nos enseñaron a nombrar como normal. Nací en la violencia, nací niña. Nací en un hogar donde fui deseada para una parte por lo menos, para mi madre. Mi padre nunca me quiso, fui solo un polvo que terminó con un gran error que tendría que sostener por muchos años. La primera vez que creo que me vio fue en un juicio para reconocermme porque no quería hacerlo. Crecí niña y niña color marrón, en un colegio de niños blancos que me preguntaban: "¿por qué estás sucia?". Pensaban que no me había bañado y yo usaba la esponja para luchar con una piel que sentía que estaba mal. Crecí niña y me convertí en mujer, empecé a escuchar desde joven la palabra "puta", asociada a mí o a mis amigas. Yo no sabía lo que representaba eso pero no quería serlo. Crecí y aprendí a odiar cosas de mí y de mi cuerpo, a compararme, a ser mi enemiga, a ser yo misma la que ejercía violencia en mi contra. Sigo creciendo y por lo menos ahora lo reconozco y busco entrar en paz conmigo misma, con esos demonios que muchas veces siguen habitando mi narrativa y que resuenan en mi cabeza.

Repararme

Reconciliarme

Reconocerme

Trascenderme

Parar la espiral de violencia.

Esta es mi responsabilidad y objetivo, porque la violencia sólo aumenta en su escalada. Sé que superándola, la entenderé en su última raíz, el miedo atávico a la diferencia y a creer que no existen alternativas.

Me he construido de romperme y rearmarme más de una vez. Seguramente no he vivido lo que muchas mujeres sí y otras no habrán vivido ni vivirán lo que yo; y está bien, al final "estas no son las olimpiadas de quién sufre más" sino conectar e ir trabajando sobre lo que nos atraviesa y nos une.

Mucho de esto, de nombrar lo que nos recorre, es poder sacar lo que se queda en la garganta, en ese no decir por los miedos. Yo al miedo cada vez siento que le pongo más el freno, que le digo que no lo quiero (que no me joda), que ya mucho tengo que hacer como para que encima me carcoma eso.

Cuando escucho la palabra violencia, me vienen tantas cosas a la mente que pudiera hacer una lluvia de ideas como un mapa mental. Pienso en el machismo y en ese lugar que los hombres han construido por miles de años con la idea de nombrar "normal" y "natural" a lo que ellos quisieron nombrar como tal. Pienso en el dolor, la muerte, la injusticia, la sangre, lágrimas, bombas, violaciones, risas malvadas, indiferencia, pobreza, silencio, vergüenza, culpa, ocultamiento, continuidad, poder, dinero, odio, racismo, perversión, cinismo, hipocresía, tutela, ignorancia, impotencia, decepción desilusión, suicidio, espinas, repetición, iglesia, colonialismo, historia, negación, perpetuidad.

Violencia estructural que me afecta y me conforma, que reproduzco inconscientemente, que me agrede y me recuerda qué lugar ocupó, dónde me encuentro en relación al resto y qué se espera de mí.

Hacer cola. Al sol. A la sombra. Con viento. Sin él. Con lluvia. O sin ella. Con papeles. O sin ellos. Con dinero en el banco. O sin él.

A todxs nos toca hacer cola a veces, pero no todas llegamos a la cola en la misma situación. Nos unen las esperas, pero no siempre lo que esperamos ni lo que nos espera. ¿Acaso algunos tiempos valen más que otros?

Bajo ese halo de objetividad que proyecta nuestro conteo del tiempo — nuestros segundos, nuestros minutos, nuestras horas...— no hay más que una máquina que reproduce la desigualdad y la violencia. No, no todos los tiempos

valen lo mismo. Tu color de piel, las monedas de tu cartera, las arrugas de tu frente, tu carnet de identidad... hacen que el tiempo corra diferente. Que esperes diferente.

Violencia también son esas distancias que creamos en las que no te dejo entrar en mi casa, mi pueblo, mi país, "mi unión europea"; te veo como el enemigo porque eres ese que se ve distinto: lo migra, lo puta, lo trans, lo pobre, lo que no entiendo y me niego a ver como otra forma de existir en un mundo que cada vez siento más extraño.

Pienso en las falsas ideas que nos han querido vender de independencia cuando en realidad es el sistema queriéndonos más individualistas, más solas, más empastilladas, más insatisfechas, más tristes, más acomplejadas, más rotas. Ese sistema que nos quiere uniformes, clasemedieras con aires de querer ser más a costa de que otros sean menos; ese querer ser más quitándoles a otros para sumárnoslo nosotros. Eso es violencia.

Violencia es perder la dignidad de existir, de llegar a fin de mes, de sentir la imposibilidad de comprar un piso porque ni para pagar el arriendo de un cuarto compartido con extraños nos alcanza y reconocer que la jubilación que algunos sueñan no nos va a llegar a nosotros. Violento es saber que más probable es el suicidio que poder llegar a adultos mayores con una vida medianamente cubierta en cuestión de derechos de salud, vivienda y bienestar. Existir con el miedo y la angustia del mañana, de no poder comprender lo que vendrá. Violencia es el miedo al futuro y sentirnos desesperanzados de qué nos va a deparar la siguiente década o el siguiente verano.

¿Mercantilización de los derechos a través de ayudas o subvenciones? La justicia social se mercantiliza para ponerla al servicio del Estado a través de la industria del rescate. Se abusa, se criminaliza, se tutela y se infantiliza la pobreza.

A través de la instrumentalización de la pobreza se anula la posibilidad de agencia, cercenando de facto mecanismos como la ayuda mutua que es una forma de resistencia... desarticulando y despolitizando.

Violencia es usar un vaso desechable para usarlo menos de diez minutos y luego tirarlo en un basurero, ese cubo infinito que traga sin que nos importe donde va a terminar y el cual contiene miles de toneladas de basura que seguirán aquí cuando nosotros desaparezcamos. Tener que esperar miles de años para que un vaso de plástico se descomponga o termine siendo microplástico que se comerá un atún que llegará en unos meses a nuestra mesa en forma de ensaladilla rusa.

Así también, es violencia ver al mundo arder en llamas y perder miles de hectáreas de naturaleza que muere en la Amazonía de Abya Yala, en África y hasta los contados árboles del centro de Madrid que se ven amenazados: ¡no a la tala!

¿Cómo generar nuevas formas de estar interconectadas con el planeta y sus procesos, de generar vida a través del equilibrio de los diferentes ecosistemas?

¿Cómo poner de manifiesto esta interdependencia, vinculándola a procesos de crecimiento personal que a través de la profundización en el desarrollo del arte, la música, la danza...y todo eso que nos devuelve al placer y al bienestar, que nos conecta con nuestra condición de seres humanos, que habitamos un planeta con recursos limitados en convivencia con otros sujetos políticos que tendrán que ser reconocidos como tal, como la naturaleza y los seres no humanos para la supervivencia completa?

¿Cómo dejar atrás el Antropoceno y pasar a una nueva era de felicidad plena en armonía con el cosmos? (esa idea del "buen vivir" de los pueblos originarios, otras cosmovisiones).

Cumplir el rol, la norma, perpetuar el sistema. Reproducir el mismo sistema, una y otra vez, en todos los ámbitos. Ese mismo sistema que se convertirá en nuestro final, en el tuyo, en el mío, en el de todos.

Me rebelo ante lo escrito. Soy culpable. Rompo con todo. Vine a poner en cuestión todo lo creado. Vine a tomar consciencia, a analizar mi vida, com-

prender mi sombra, entender las violencias... Las que ejerzo contra mí cuando intento adaptarme, ser "normal", y las que provocho en les otros cuando caigo en la inconsciencia y mi corazón se nubla.

Me rebelo, me reconozco, nos reconocemos.

Me rebelo, no estoy sola, somos muchas.

¿Cómo ser capaces de crear imaginarios nuevos donde poder establecer estructuras horizontales que nos permitan ser verdaderamente sujetos políticos con agencia situando la solidaridad y los cuidados en el centro como formas de lucha que nos permitan despatriarcalizar y desmercantilizar nuestras vidas y sus violencias?

Espacios necesarios para conectar con lo esencial, con lo que realmente importa, problematizarlo y hacerlo político. Darle fuerza desde lo colectivo para poder transformar y crear nuevas realidades donde quepamos todas/es.

Posibilitar mundos vivibles, gozosos y abundantes. Sentir que se puede. Encajar, porque no hay categorías, normas o estructuras que excluyen u oprimen. Alegría, reconocermé en otras. Sentirme en casa, tranquila, segura.

Alimentar el intelecto "pensando juntas fuera de caja". Juntarse para transformarlo todo (autodefensa).

Empoderarnos (ontología del lenguaje) creando nuevas realidades a través de la palabra (escritura) como herramienta profundamente transformadora con la capacidad como paso previo para pensar nuevos imaginarios posibles.

Somos legión y estamos aquí a poner fin a vuestro juego, para gritar: "¡Se acabó!". Resistimos porque somos fuertes. Nuestras heridas relatan la historia silenciada. Historia de saqueos, opresión y violencias. Historia que os perpetúa en el poder gracias a la expropiación de nuestros cuerpos, saberes y tiempos.

¡Se acabó! Nos hemos reconocido en nuestras heridas.

¡Se acabó! Nos unimos contra vuestras violencias.

¡Se acabó! Gritaron juntas y el mundo paró.

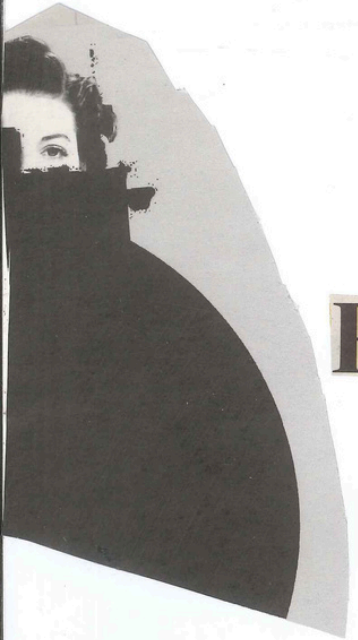
Violencias, heridas, reproducción de la estructura.
Violencias, opresiones, el bando de los perdedores.

Violencia,
que se responde con violencia,
que genera más violencia,
perpetuando el sistema.



PALOMA, ΔLÍA, MARTA, LAU

Artículo elaborado mediante el hilado de diferentes
textos, puestos en conversación y resonancia mutua



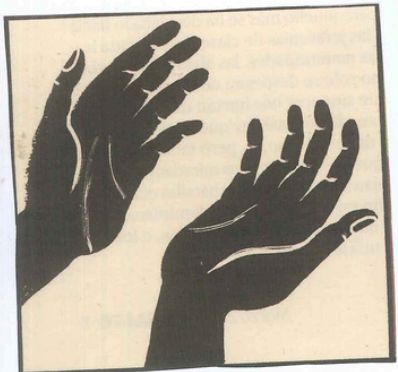
RES ONA NCIAS

Y



RET

um B ES



Miedos MIEDOS

Miedos que paralizan, que postergan el momento final, la caída del telón, de las máscaras, de las mentiras que hemos creído, sostenido y perpetuado.

Miedos, no hay alternativas.

Miedos, no hay aliados.

Miedos: soledad, vacío, muerte.

Fui condenada al silencio. Me silenciaron quienes no pudieron sostener el peso de la responsabilidad de saberse agresores.

Me silenciaron y me callé.

Me dijeron que "no era para tanto" y les creí.

Me dijeron que no merecía la pena luchar y me invadieron los miedos, me paralizaron.

Me paré y se paró el tiempo. Repetición de un día tras otro, vacío, sin sentido, Uno y luego otro, y otro, igual, la misma mierda.

Y pasó el tiempo. Pasaron los veranos, los inviernos, los años...

Un día apareció una mano amiga. Nos acompañamos, nos permitimos atravesarnos desde la honestidad y la vulnerabilidad. Me reconocí en su historia, silenciada también. Me reconocí en sus heridas, en su dolor.

Comprendimos que, aunque diferentes, compartimos una misma historia atravesada por la renuncia y el silencio.

Y caminamos juntas, deshaciendo silencios, relatando nuestras historias, recuperando nuestra voz, tejiendo redes, econtrándonos con les otras, con sus voces.

No existen las "luchas de segunda", sólo luchas que no nos atraviesan,

Somos las de abajo, las denostadas históricamente.

Somos las de abajo, la voz de las subalternas.

Somos y nos hemos reconocido en la resistencia. Venimos a recordaros la historia que habéis querido silenciar. Somos la memoria que jamás se olvidará, aquella que nos recuerda que juntas llegaremos hasta el final.



LAU

Silencio(s) SILENCIO(S)

Siempre recuerdo a mi madre en silencio. Un silencio discreto, como si tratara de pasar desapercibida y de puntillas por la vida. Mi madre vivió en una familia pobre, que hacía malabares para sobrevivir. Mi madre fue educada en el silencio de ese nacionalcatolicismo que les imponía callar, no rebelarse, ser buenas hijas, buenas esposas, buenas madres. Fue "buena hija" porque en su familia siempre obedeció, a todas y todos, aunque fuera una familia con muchos silencios. Fue "buena esposa" porque se dedicó y cuidó de mi padre, incluso cuando comenzó a perder la memoria y la agarraba fuerte de la mano porque era su estrella polar. Mi padre no siempre fue amable con ella. También con él guardó silencio, porque era lo que tenía que hacer, lo que le habían enseñado a hacer. Fue y es buena madre. Madre abnegada, amorosa y dedicada en cuerpo y alma a su hija e hijo. Pasó de limpiar una casa a limpiar casas mañana y tarde para que yo pudiera estudiar. Fue una de las primeras veces que habló para apoyar que yo estudiara, lo que yo quería, donde yo quería. Mi madre no es capaz de recordar muchas cosas de mi infancia. En eso también guarda silencio.

Yo también he estado en silencio durante muchos años. Desde que aquel familiar se coló en mi cuerpo, guardo silencio. Él me repetía insistentemente que guardara silencio, que no podía contar nada, que teníamos un secreto. Yo no quería tener ese secreto, como tampoco quería que me tocara o se tocara mientras me tocaba. Él me decía que si yo contaba algo, todos y todas pensarían que era una niña mala, que yo le había provocado, porque todos pensaban que él era bueno y yo demasiado traviesa, movida y desobediente. A mí, el silencio, me hacía sentir sucia, vacía, diferente. Miraba a mis amigas y pensaba si a ellas les pasaría algo igual, si eso que a mí me pasaba era normal. Me sentí diferente toda mi infancia, toda mi adolescencia y ahí sigo. Conseguí ponerle nombre a todo lo que sentía con el paso de los años y después de varias terapias, aunque algunos y algunas terapeutas insistieron en quitarle

importancia. Relativizar y quitar importancia a que un familiar haya abusado de una niña durante su infancia es violencia.

A mí, como a mi madre, también me enseñaron a guardar silencio, a estar callada, a no contar lo que nos pasa, y más si la institución familiar puede verse cuestionada. Esto también es violencia. La violencia sexual intrafamiliar sucede en un espacio que, a priori, debiera ser de amor y apego; pero se convierte en un espacio de violencia, de asco, de desprecio. Te roban la infancia. Y no solo la infancia. El Consejo de Europa¹ calcula que la violencia sexual afecta a 1 de cada 5 niñas y niños antes de cumplir los 18 años. Ferragut et al², centrándose en España, lo eleva a 2 de cada 5 niñas y niños. La macroencuesta de violencia contra la Mujer de 2019³ en el Estado Español apunta que, en un 40% de los casos de violencia sexual sufrida antes de los 15 años, el agresor pertenece al entorno familiar: es el padre, la pareja masculina de la madre, el hermano u otro varón de la familia. A pesar de estos datos, la violencia sexual en el seno de la familia sigue siendo silenciada: por las familias; por los jueces y juezas; por los y las fiscales; por los y las profesionales que preguntan a niñas y niños y cuestionan sus relatos y apuntan a la maliciosidad de sus madres; por las instituciones que se dedican a la atención y protección a la infancia; por los centros educativos; por la sociedad que mira a otro lado porque el incesto es un impensable y un innombrable. No nombrar aquello que sí existe porque cuestiona los valores de la familia y el poder del pater familias es violencia. Violencia institucional. A veces lo puedes contar pero a veces no. No tienes palabras, no quieres herir a quien no se dio cuenta, temes que no te vayan a creer... Valientes son aquellas niñas y niños que lo cuentan, que alzan su voz, que explican con detalle lo que han vivido, aunque no se les escuche, y se aferran a sus madres, esas valientes madres protectoras. Valientes también son aquellas niñas y niños que no han podido contarlo y que sobreviven con el silencio. Yo he hablado muy poco. A día de hoy, todavía guardo silencio.



MAITANE

Mi abuela alienígena MI ABUELA ALIENÍGENA



Mi abuela Alfonsa era una alienígena, o así la percibía yo. Señora manchega de cabello gris, ropas siempre negras, pocas palabras y contados gestos. Nunca la entendí.

Abuela, ¡háblame ahora!, ¿cuántas violencias sufriste en tu vida?

Abuela, dime ¿fuiste una niña alegre?, ¿te reías entonces o se adivinaban ya en tu cara los padeceres que habían de llegar?

Cuéntame cómo era el abuelo. ¿Cómo fue ser su segunda esposa? ¿Te quería? ¿Cómo fue vivir con ese señor que, según papá, siempre estuvo enfermo? ¿Qué significó perderlo? ¿Una pena o un alivio?

Abuela, ¿te sentiste sola? Cuéntame cómo fue sacar adelante a una familia cosiendo día y noche. Dime, ¿esperabas algo distinto de la vida?

¿Te acuerdas, abuela, la impresión que me provocó ver escritos en la libreta que tenías junto al teléfono de números gigantes esos torpes trazos de mujer analfabeta y descubrir que no sabías escribir?

¿Cómo lo hiciste, abuela? Cuéntame cómo te fuiste tú sola a Francia a visitar a tu familia exiliada.

Cuéntame, abuela, todo lo que callabas, lo que no expresabas. ¿Me querías?

Abuela, cuéntame otra vez lo bonita que era tu mula "Rumbona" y déjame sentir ese poquito de cariño que me dabas teniendo siempre bolillas de anís para mí en la lata que estaba en el cajón de arriba de tu humilde cómoda.

Abuela, cuéntame, ¿tuviste amigas? ¿A quién le contabas tus desvelos? ¿Era a las vecinas con quienes compartías váter en el corral?

Abuela, ¡qué pena que enfermaras tan joven y que ya no pudieras contarme!, aunque eso nos permitió convivir un mes de cada tres a lo largo de dos años. ¡Qué pena, abuela, que ya entonces yo percibiese que tu presencia con nosotros era recibida como una carga y tu partida como un alivio. ¡Ojalá lo hubiera sentido diferente!

Ya no me contaste, abuela, ya no pudiste.

¿Te acuerdas cuando te acompañaba en esas tardes interminables mientras veías los toros en La2 y cosías trapos que, por la noche, a escondidas, rajábamos para que a la mañana siguiente empezases de nuevo?

¿Te acuerdas, abuela, que ya no te acordabas de mí, ni sabías quién era, ni tenías bolillas de anís para mí porque ni casa, ni vecinas, ni memoria tenías ya tampoco?

Abuela, ¿de qué planeta venías? ¿En qué idioma hablabas que yo no supe descifrarlo?

Abuela, ¿sabes que mi barba se ha puesto del color de tu pelo? ¡Pero cómo vas a saber, si ni tiempo nos dio a que me conocieses con barba!

Abuela, cuéntame ahora que estudié los idiomas que no se pronuncian con los labios. Déjame que te ayude a desmadejar las violencias que con paciencia de araña enhebraste en cada aguja y dejaste impresas para siempre en el bies de los dobladillos.

MANUEL SÁNCHEZ - ELIPE LORENTE

AUTODEFENSA FEMINISTA, Autodefensa feminista, como única salida COMO ÚNICA SALIDA

Nací, como todas las mujeres, en un hogar lleno de violencias, agresiones insignificantes a los ojos del alrededor, pero que causaron daños que se oxidaron en los huesos. La corrosión no era superficial, como las marcas que deja la violencia física en las pieles, sino insondable y recóndita, nadie parecía verla, y lo peor, estaba camuflada; a la manera del verdor del cardenillo, que suponemos algo natural que le sucede a las figuras de bronce expuestas a la intemperie, una asociación de propiedades naturales, pero que, a su vez, es muy venenoso.

Y es que la parentela es un lugar de fácil recurso para las crueldades. Solas, con un solo sujeto varón, las mujeres se adhieren al engaño matrimonial; la cúspide y objetivo del violento amor romántico, donde se cuida, se cría, se limpia, se cocina y se borda para sostener la vida de las otras personas.

En silencio, mi madre, todavía casi una niña de 21 años, cayó en las garras del mandato oficial internacional: casarse con un casi desconocido. Ella servía desde los 13, en semi-esclavitud como interna en casa de unos condes en la calle Génova, después de la abrupta decisión de su familia: "la niña tiene que ir a servir a la capital". Y así pasó su adolescencia y juventud, abandonada, sola y explotada en casas particulares de gente rica, donde ella era la cocinera y la carne fresca para señoritos que, al pasar por la cocina, le pellizcaban el culo. El matrimonio con un chico que solo veía un rato los domingos por la tarde era la fuga perfecta para salir de esa ocupación forzada.

Mi padre llegaba de un orfanato católico, donde salvar la vida no era solo cuestión de ser rápido cuando los platos de comida llegaban al comedor carcelario, sino también guarecer tu culo de curas pederastas. Y, así, mis progenitores juntaron sus vidas, llenos de violencias y vivencias que les provocaron sendos trastornos de personalidad. La infancia la recuerdo

llena de depresiones, fugas, ansiedad y discusiones, muchas y variadas, que concluyeron en negligencias y descalificaciones hacia mí. La violencia nunca llega sola, de la nada, se mueve como una cadena a la que das un golpe y serpentea hasta que te atiza con fuerza.

Busqué, busqué y busqué refugios diversos para mis malestares. Alcohol y drogas desde los 14 para camuflar: y oigan, dio resultado, el dolor se iba. Fracaso académico, debido a mi altivez de malota, pero sobre todo el amor como sustancia adictiva primogénita, una mezcla explosiva de hormonas y neurotransmisores que se generan desde mandatos reptilianos cerebrales y donde solo tienes que dejarte llevar por la dopamina, la serotonina, la oxitocina y la vasopresina, menudo puto subidón.

No me rehabilité ni con 4 terapias que okuparon más de dos décadas, ni con mi transformación personal y la vuelta al estudio. Solo me sanó la medicina militante de la autodefensa feminista, como mejor fármaco posible: ésta que no venía en el vademécum de ningún puto doctor ni psiquiatra y a la que mis progenitores no han tenido acceso.

Los grupos de autodefensa feminista no tienen como único objetivo defendernos de la violencia física, sino que resignificamos juntas nuestros cuerpos y mentes después de tantas violencias sufridas, las nombramos e identificamos aunque sigan sucediéndonos a menudo y las sanamos en colectivo. Reconocemos qué significa ser mujer en una sociedad patriarcal que nos discrimina sólo por el hecho de serlo, reaprendemos a amarnos, habitando nuestros cuerpos con alegría, dando rienda suelta al placer y generando la idea de que somos seres con derecho a gozo. Esta transformación no la hacemos solas, nos tenemos a nosotras mismas dando valor a nuestra independencia y reconociéndonos como sujetas activas de nuestra propia vida; por otro lado, el grupo garantiza esa sensación de manada dando importancia a lo colectivo.

Es un espacio donde realizamos un conjunto de acciones que nos proporcionan salud emocional, salud mental y, por lo tanto, como resultado, existe una mejora en nuestra salud física, ya que baja nuestro cortisol y sube la oxitocina. Se generan acciones de autocuidado, escuchando nuestras necesidades, haciendo posible el reaprendizaje de vivir sin culpa después de poner límites.

La práctica de la Autodefensa con perspectiva de género es una herramienta para valorar nuestras decisiones sin presión, eso que la mayoría de los hombres vivencian con total naturalidad, pero que para nosotras, debido a una educación basada en el cuidado a los demás, en agradar o en ser tierna, es difícil de colocar. Se experimentan situaciones de crecimiento y autoconocimiento para vivir en plenitud, y esto cura.

Todas merecemos una vida libre de violencias y sin miedos. Hasta que esto no se garantice desde el Estado y desde la educación y se transforme en realidad, tenemos el derecho de defender nuestra existencia y defendernos con la autodefensa, además de con la alegría.

Hay una melodía que tarareo estos días a volumen brutal, una canción punk que me llena de esperanza que dice: "cuando el desencanto es tradición, el entusiasmo es disidencia". Bailemos, mientras pegamos duro, chicas.



SUKY

SOBRE LA JUSTICIA

Sobre la justicia

Nos cuentan la idea de que cuando nos pasa algo injusto, podemos ir al juzgado para denunciarlo y nos van a hacer justicia. Eso funciona sobre todo para las personas que tienen propiedad y quieren mantenerla y defenderla. Cuando pedimos justicia para la protección de nuestros cuerpos y nuestra dignidad, todavía demasiadas veces nos sorprende que este sistema nos decepcione.

Siempre tenemos que tener en cuenta que nuestro sistema judicial solo es la manifestación de la idea predominante de justicia que lleva y muchas veces reproduce todas las violencias entrecruzadas de nuestra sociedad. Estas violencias están determinadas por las desigualdades por género, sexo, orientación sexual, etnia, color de piel, clase social, acceso a recursos, tiempo libre accesible, intelecto, edad, belleza normativa, religión, orientación política, capacidad de reproducción, lengua materna, salud, estado de discapacidad y otras cosas de las cuales no soy consciente por mi propia situación privilegiada.

Así pues, denunciar violencias por la normatividad en el sistema judicial muchas veces falla. Por eso es importante ser conscientes de que el sistema judicial no lleva a la justicia. Es una herramienta que podemos aplicar cuando nos parece estratégicamente favorable. Pero la justicia tenemos que definirla nosotrxs con empatía y solidaridad, de manera comunitaria. Con nuestras fuerzas reunidas tenemos que luchar para que el sistema judicial sea verdaderamente justo y una herramienta social para lograr, no solo denunciar cada violencia, sino también liberar nuestra sociedad de estas violencias.

Como activista medioambiental y ecosindicalista desde hace años quiero contextualizar la crisis medioambiental global. El sistema jerárquicamente injusto, en el cual estamos organizadxs como humanidad, se muestra, manifiesta y profundiza en la degradación ambiental que provoca. Esa resulta en el daño y muerte de millones de humanos en función de su jerarquía de dominio.

Como crisis medioambiental podemos entender la destrucción de ecosistemas de los que dependemos para respirar, alimentarnos y sobrevivir. En el lenguaje económico capitalista, se puede decir que los servicios gratuitos que recibimos de los ecosistemas valen más que el doble de todo el PIB global. La destrucción medioambiental se puede entender como el rebasamiento de ciertos límites del planeta de tal suerte que avanzamos hacia un mundo inhabitable para el ser humano. De todos estos límites, están ahora mismo en extremo riesgo tanto la integridad de la biosfera como los flujos bioquímicos de fósforo y nitrógeno. Además, el cambio del suelo y el cambio climático señalan un riesgo peligrosamente creciente.

Esta degradación de los ecosistemas, que se manifiesta en varias dimensiones, se debe a la explotación de la naturaleza por la gente más privilegiada. Ellxs también son las personas que más se benefician de esta explotación para satisfacer sus necesidades consumistas que sirven para mostrar su estatus y dominio. En cambio, las consecuencias nocivas de estas extracciones las sufren las personas menos privilegiadas. Por ejemplo, explotan a un hombre racializado en América del Sur, que luego ni siquiera tiene dinero ni tiempo para encargarse del cuidado de sus hijxs, y lo hacen para extraer el litio con el que se produce un coche SUV eléctrico para una persona blanca de clase media-alta en el norte global. Mientras las personas privilegiadas consumen este producto que les otorga estatus a pesar de ser innecesariamente grande y en muchos casos obsoleto para cubrir su necesidad de moverse, las comunidades indígenas se quedan con ecosistemas destruidos, agua y aire contaminados y sin recursos para mejorar su situación local o migrar. Además, todos los gases del efecto invernadero emitidos por la producción y el uso del coche causan un aumento de la temperatura global que pone en riesgo las comunidades que no puedan protegerse de fenómenos meteorológicos cada vez más destructivos. Así, la degradación medioambiental en todas sus dimensiones es un proyecto machista, colonizador y capitalista, que ejerce violencia jerarquizada.

Ya hay cada vez más sentencias condenando a empresas y gobiernos por destruir los ecosistemas ("demasiado") con una argumentación basada en los derechos humanos. Pero los principales responsables en la mayoría de los casos no acatan estas sentencias y, en cualquier caso, estas no son suficientes para parar la degradación del medio ambiente que cada vez causa más daño

a los seres humanos. Esta situación muestra otra vez la inmensa falta de justicia en los sistemas judiciales a nivel internacional. Pero la historia nos enseña que los derechos humanos, cuando hay dominio (sistemático e institucionalizado), no se regalan: ni los regalan lxs poderosxs, ni los garantizan los juzgados. Los avances democráticos, el voto de lxs mujeres*, la liberación de la esclavitud y los derechos laborales vinieron de luchas políticas duras, lideradas por la gente más sometida.

A día de hoy, nuestra lucha para la sobrevivencia humana tiene que ser interseccional. Estamos afectadxs todxs – pero de maneras muy distintas, en función de nivel de afección por las injusticias varias. Debemos movilizar el único poder que tenemos: ¡la fuerza de la comunidad a través de empatía y solidaridad para introducir en el sistema judicial mundial lo que es justicia de verdad – justicia medioambiental e interseccional!

Yo, como persona blanca, rubia, normativamente guapa, perteneciendo a la clase media con pocos recursos financieros, femenina, incumpliendo con el rol de mujer, académica, fértil, con ciudadanía alemana, sin discapacidades, heterosexual, con 25 años de edad, hablante de alemán, inglés y castellano, protestante, de la izquierda, sin responsabilidad de cuidado y con capacidad de dedicar un tiempo relativamente libre ni de lejos soy la persona más afectada por todas las desigualdades que se están amplificando a través de la degradación ambiental. Sin embargo, o efectivamente por eso, dedico mi fuerza a la lucha social, denunciando el sistema del dominio por su actividad criminal contra el medio ambiente y por las muertes masivas que está generando con consciencia de ello. Deberíamos entender los privilegios como vergüenza y responsabilidad a la vez.

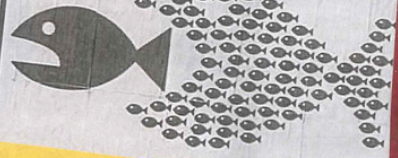
ΔRIAN FEILG-BERGER



RECONOCER LAS VIOLENCIAS

UNIDAS

nom



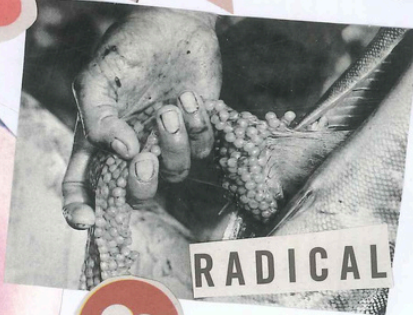
Re

EX

CONTIGO

STIR

UNA NUEVA ÉPOCA



RADICAL



SILENCIOS

Cuidar

JUSTICIA



SALUD MENTAL



FEMINISMO



NO HAY CULPA



APRENDE

A VIVIR

poder mirarnos

ORGANIZE



EL LEGADO El legado

El cordón primigenio, hormonas, enzimas, biomoléculas, ondas sonoras, compuestos químicos alterados, energía que fluye desde las lágrimas tragadas. ¿Será más físico, más químico o más biológico? Esto trasciende la razón eurocentrada.

Ser concebido y alumbrado en la violencia, mamar violencia, ser criado en el vaivén que fluctúa entre el amor patriarcal tóxico y la intermitente violencia.

La experiencia de la crianza desde una madre violentada. Apegos inseguros, angustias pueriles y miedo... y detrás de esa puertecita rota: dolor.

Un boli rosa y un papel para romper la única ventana de aquel cuarto oscuro. Aquella tarde mi madre me habló con una dulzura inusual antes de encerrarse en el cuarto con lágrimas en los ojos mientras mis hermanas y yo jugábamos en el salón.

La última carta, los últimos deseos, o quizás los primeros para una vida que desde sus primeros días había sido decidida por otros.

No sé cuántas veces mi madre intentó suicidarse, pero solo recuerdo esa porque fue la primera vez, a mis 9 años, que tuve conciencia plena de lo que estaba pasando.

Las violencias se guardaban en la habitación más profunda y bajo llave en el ropero destartado de madera. Sólo ella tenía llaves, a veces abría esa caja oscura con el terror de quien abre una puerta sabiendo que el agresor está dentro. ¿Pero cuál de todos los agresores? ¿Cómo contenerlos en ese espacio íntimo tan diminuto y derruido, metáfora de su cuerpo y de su carne?

Lo que pasó después lo recuerdo a pedazos: mi madre inconsciente, mi madre ausente, mi madre que vuelve a casa y nos abraza entre lágrimas, mi madre que amanece al día siguiente con el mismo semblante apagado y triste pero ahora acompañado de culpa.

¿Cómo continuar la vida familiar después de un evento traumático? Aquí no hubo ni psicólogas ni médicos, ni viajes idílicos a la playa que nos ayudaran a reparar las heridas. Aquí solo hubo supervivencia, inercia y silencio. Y fue este último, el silencio, el que se erigió como el precepto fundamental y legado de nuestra educación: callar ante la tragedia, ante la desgracia, ante los abusos y ante el dolor.

¿Cómo acabar con el silencio? Aquel ventanal de vidrio grueso que nos separaba de la verdad, pero que romperlo nos condenaba a hacernos cargo de inevitables heridas profundas, desconocidas y quizás mortales. En aquella casa no había herramientas ni vendajes, pero tampoco fuerzas ni intenciones. Y entonces, siendo aún un infante, empecé a tomar la iniciativa en todo.

Hurgué en todas las cajas disponibles, llegué a mi cajita torácica, recorrí cada recoveco vital para encontrar un mazo de acero o una punta de diamante, cualquier instrumento capaz de romper aquel silencio maldito, pero solo encontré vísceras y fluidos, un estómago revuelto y un corazón taquicárdico y achicopalado.

Me di por vencido muchos años. Aprendí a vivir silente. Callé mis dolencias, mis emociones y mis preocupaciones, callé también mi despertar sexual y la forma en la que algunos adultos aprovecharon aquella incapacidad de gritar para cometer los más infames abusos.

Los años pasaron y el silencio prolongado afinó nuestra capacidad de escucha. Ni mi madre, ni mis hermanas podíamos hablar, pero detectábamos las violencias más sutiles de nuestro disfuncional sistema familiar. Y nos acongojaba severamente. Ríos de lágrimas internas inundaron nuestro ser hasta desbordar nuestras presas internas de contención emocional y entonces devenía el caos, ya nadie se reconocía, empezamos a ser incógnitas de nosotros mismos: los convivientes desconocidos.

Y entonces me fui. Tenía 20 años cuando salí por la puerta trasera. Aún recuerdo las lágrimas de mi madre y sus palabras de dolor, pero también recuerdo su bendición y su resignación. No es más fuerte la costumbre que el amor, por eso no intentó retenerme, y salí.

Varios años fuera en aparente libertad me llevaron a otras cárceles disfrazadas de pocilga. Atravesé tiempos muy precarios y muy jodidos. En mi afán de encontrar la palabra recorrí caminos al borde de precipicios, tomé malas decisiones, repliqué patrones, tuve amores tóxicos y violentos, abandoné un tiempo los estudios, tuve malas compañías, pero también algunas buenas que me recogieron y me amaron profundamente.

Y vino entonces un tiempo de aparente calma. Encontré un refugio destartado en el que me guarecí hasta que pude coger el avión de la huida.

Huía de muchas violencias, pero sobre todo huía del silencio. Asumí que los kilómetros recorridos aumentaban los decibelios de mi voz interna, me alejé de todo lo conocido y amado, llegué a tierras idealizadas convencido de mi liberación, pero al abrir mi pesada maleta reconocí con horror los pedazos afilados de cristal de aquella ventana, de aquel maldito silencio que viajó conmigo.

Los años han pasado, más de una década de distancia y lejanía. Construí mi vida adulta con mi maleta rota por el peso del callar. Vivo y viajo con ella, la utilizo estratégicamente como arma y a veces como almohada, porque el silencio viene bien para sobrevivir y para dormir, pero la utilizo poco, está casi siempre llena de polvo porque ya no puedo callarme.

Ahora todo tiene sentido, le dije a mi niño interno un día, por eso me fui, por eso migré, porque necesitaba hablar y gritar por ti, necesitábamos que alguien nos creyera, necesitábamos entender por qué el abuelo abusó de ti y de tu madre, porque tu tío Pepe abusó de ti y de tus hermanas, porqué no tuvimos una madre protectora, por qué tuvimos un padre homófobo y machista. ¿Por qué?

Riego las plantas del salón mientras mi madre está leyendo un libro en el sillón. Hablamos de las plantas que tenía en México y de la próxima vez que volverá a visitarme en Madrid. La puerta de su habitación está abierta y su maleta casi hecha, la emparejo un poco mientras alcanzó a distinguir los destellos de sus cristales ya empacados que reflejan los rayos del sol de primavera.



J. HUIZACHE



LAS TRES “NO” QUE MI Las tres “no” que me hicieron ser quien soy HICIERON SER QUIEN SOY

Las chicas de mi barrio se casaban, parían y fregaban. Yo, con quince años, me planté y dije: no me caso, no friego, no paro. La vida ya luego me llevó por sus derroteros, pero esos tres “no” me hicieron ser quien soy, una mujer comprometida con el cambio social, que trata de poner su granito de arena en lo cercano.

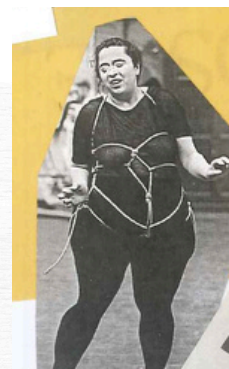
Necesitamos espacios para compartir los retos y los miedos, no solo las mujeres. Lo que nos afecta a todas es la pobreza y no me refiero solo a la pobreza económica, sino a esa desigualdad que las instituciones refuerzan: no se nos trata en igualdad nunca. La excusa puede ser el hecho de ser mujer, o venir de fuera, la raza... pero lo que está claro es que hay un mundo más rico y un mundo más pobre. La paradoja es que yo me siento privilegiada por formar parte del mundo más pobre, porque creo que es ahí donde está la dignidad.

Las cárceles no deberían existir. Es una herramienta para reforzar las jerarquías que nos controlan. Durante años visité el módulo de mujeres de la cárcel de Soto del Real. El 80% de las mujeres que conocí allí estaban encerradas por proteger a su marido, su hijo, su hermano, por meterse en temas de tráfico para dar de comer a sus hijos...

Lo que más me preocupa ahora mismo es la violencia contra la infancia. La ejercen en muchas ocasiones hombres de clase media alta, con estudios universitarios y algún cargo importante: políticos, abogados, directores de banco... Se creen que son más importantes que el resto, las instituciones se lo permiten, y ejercen control y violencia para afirmar su dominio: sobre la mujer, sobre los hijos. Siempre se dice que hay más violencia sexual contra las niñas, pero también existe violencia contra los niños y esto hay que nombrarlo, para que no quede invisibilizado.



MARGA DOBLAS



LA SENTENCIA

Texto surgido de la lectura y puesta en común del testimonio de Tatiane da Silva*

"Hoy le dije a mi cabeza en la almohada, nadie sabe el dolor que tengo, nadie sabe por lo que paso"

Tatiane da Silva Santos

Origen. Introducción:

Un golpe, un grito, una duda, culpa, un "¿PORQUÉ ERES ASÍ?" Y ya tienes la semilla. Ya tienes el bicho dentro.

Nudo. Desarrollo:

Como esas pelotas que tiran algunos árboles. Un bicho penetra en su tronco, lo invade y coloca allí sus huevos. Entonces el árbol, para DEFENDERSE, empieza a envolverlo con material orgánico, lo envuelve con su propio cuerpo y lo expulsa. Envolverlo, defenderse, implica que el árbol ha de dedicar TRABAJO para apartarlo de sí y acabar expulsándolo.

¿VICTORIA?

Desenlace. FIN:

Recordemos que la semilla de esa agresión era una criatura, una niña INOCENTE. Un infante inocente igual que el bebé ASESINADO por su padre.

No una historia, sino 20, 30, 40 historias, ni siquiera anónimas, sino COMUNES.

¿Puede una historia propia ser común? En el espacio de nuestra Escuelita lo es. En la reflexión común lo es.

Reflexionamos colectivamente, compartimos Pensamiento, Experiencia, Calor y traducimos una historia a La Historia de nuestra vida y de la sociedad en la que nos desenvolvemos.

*Véase Tatiane da Silva Santos y Coletivo Território em Justiça Social "¿Quién es responsable de la omisión y la tortura? Justicia feminista y antipunitivista para pensar el castigo y la violencia contra las mujeres", La Laboratorio, 2024.

¿Cómo se desenvuelve Tatiane?

Tatiane está envuelta por una espiral. Nadie se desenvuelve de una espiral sin acabar desorientada, sin tener que recomponer su propiocepción.

Si esta historia fuera un ser que camina, ¿debería frenar? ¿Saltar? ¿Darse la vuelta? ¿Seguir caminando y arrastrando a su paso hasta destruirlo? ¿Acabar con la memoria del camino o sostenerla?

Ojalá existiera una pulsera amuleto contra el "mal de ojo" que funcionara absorbiendo ese "destino" que llevas en la frente por SER. Por ser mujer, negra, pobre, madre de, hija de...

((((Me pregunto, ¿qué vidas están atravesadas por esta historia? Es una historia que repite la historia, que agrede a niñas que se hacen mujeres que crían niñas que se hacen mujeres y hombres... Perdonadme este arranque de falsa ingenuidad... El patriarcado nos atraviesa a todas.))))

¿Acaso la Libertad te la conceden otros? ¿Necesitas de otros para ser libre? Parece un oxímoron. ¿Acaso Tatiane era libre en su cabeza? "Nadie sabe." Nunca nadie sabe.

EPILOGO:

No hace falta una condena para vivir este camino condenada. En el testimonio de Tatiane me parece ver una vida de privación de la libertad PREVENTIVA desde el nacimiento. Nacidas bajo la vigilancia, control, clasificación, sostenimiento del entramado criminal-policial-judicial. Tu destino parece estar tan claro para el sistema que te acoge y te somete que naces ya con el trabajo hecho, con todo listo para cuando llegue la SENTENCIA del juez y de la sociedad (si llega D.E.P)

Y todo sigue fluyendo cómo un río... hasta que desborde compañera.



MARÍA PISTO



PALABRAS PARA ECHAR RAÍCES

Palabras para echar raíces

Ser una sujeta significa estar sujeta. Entre todas nos sostenemos. La violencia es utilizar esa sujeción que nuestra vida vulnerable necesita, añora y desea para dañar a través de la puesta en valor jerarquizada de unas existencias sobre otras. Esta tarea constante requiere de prácticas dolorosas, injustas, crueles. Todo un entramado que nos acota a una única forma de vida posible.

Mentira.

Sabemos, demasiado bien, que nuestras vidas no están condenadas. Día a día ponemos el cuerpo para abrir huecos por los que respirar sea posible, nos colamos entre las grietas. Seguimos sosteniéndonos. Con alegría, tristeza, enfado. A duras penas. Entregadas. Lo vamos haciendo como podemos. Ahí estamos: amarraditas, buscándonos, las manos rozando otro horizonte.

Este plural que nos acoge <<nosotras, nosotres>> es el lugar de la mayoría, el de las violentadas. Es la posición que no solo acumula daño, sino también otras narrativas en las que a veces, alguna vez, empuñamos un cuchillo, escribimos un poema, lloramos un río o encontramos una mano amiga.

En esta vida chiquita, en este habitar la tierra, construimos, inventamos, resignificamos palabras que nos ayudan a sujetar y ser sujetadas. Algunas palabras para echar raíces:

Furia.

1. El grito del cuerpo que firme declara "No soy culpable del daño", "No soy lo que quieren que sea", "Soy más", "Soy otra".
2. La posibilidad de otra vida habitable.

Madre de corazón.

1. Estrategia de autodefensa. Cuidados colectivos.
2. La irrefutable evidencia de que la RAE no conoce las familias sin aluviones de sangre compartidas.
3. Un corazón amable que late en compañía.
4. Ejemplificación de que el mundo, el nuestro, puede ser otra cosa.



MARÍA BONAFONTE



Compañera, contigo
COMPANERA, CONTIGO

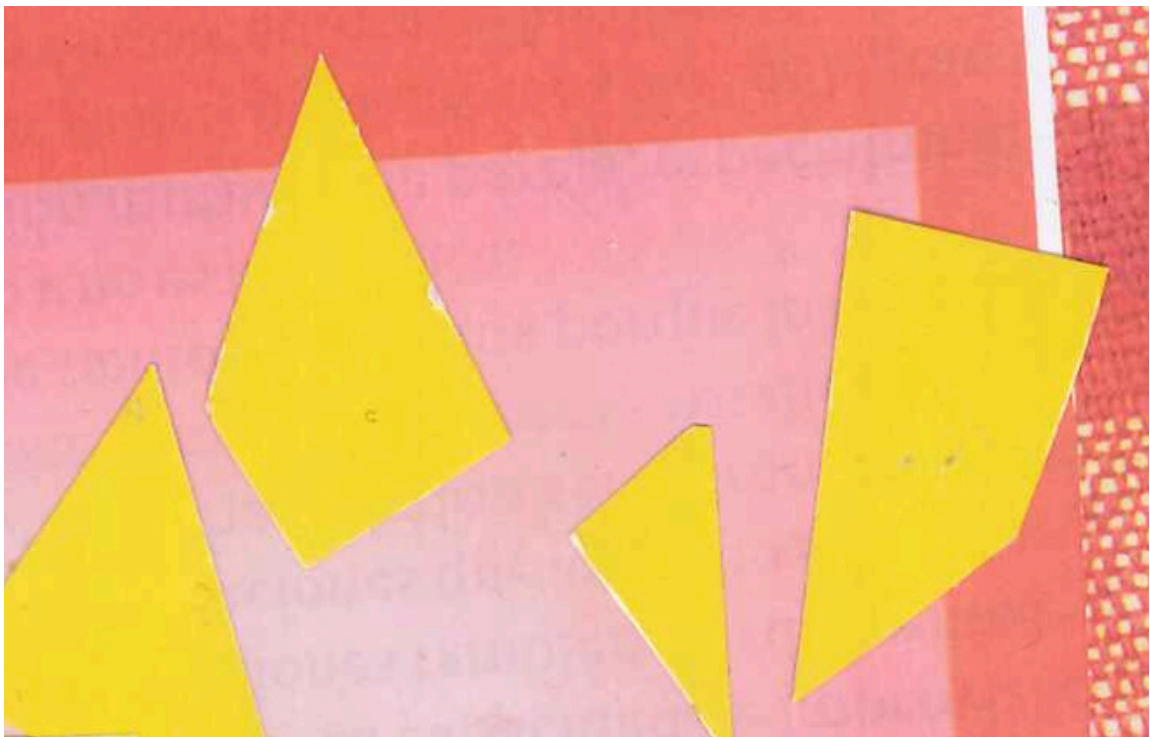


Para algunas
las rosas
los vestidos bonitos
las verbenas, un farolillo
las hijas cerca, verlas crecer
El derecho de vivir en paz

Para nosotras
Decidir demasiado pronto
Demasiado joven
El trabajo inevitable
El sudor, el dolor, el asco
Ver la cara de sus mentiras
Los muros, las balas, el asfalto

Y en el camino te encuentro compañera
El abrazo, la ternura
Y te regalo palabras
Verdad, justicia, reparación
Y te vomito mi rabia
¡las fresas son nuestras!
Compañera los puños
Las calles, el amor, el fuego
La pintura, la Victoria
Compañera, contigo comparto mi pan





copyleft 2024, Madrid, Planeta Tierra
TEXTOS DE SUS AUTORES